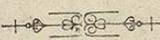




CONFERENCIA TERCERA.



El Hombre y el Artista.



Señores:

El arte ha nacido y el artista existe para glorificar á Dios y engrandecer á la humanidad. Hubiera deseado mostrar á la vez estos dos fines del arte tan divinamente concertados en el plan de la Providencia. He insistido en el segundo de estos fines subordinado al primero: *eleva la humanidad*. Hemos mostrado esta vocacion gloriosa del artista, emanando, con las señales brillantes que nos la revelan, de las exigencias mismas del arte. La naturaleza del arte, el génio del arte, el poder del arte, conspiran juntos para proclamar esta mision providencial del artista en la humanidad: la naturaleza del arte, implicando esencialmente estas tres cosas que la llaman á elevar; ver, amar y expresar la belleza ideal: el génio del arte, abrazando este triple instinto que lo impele de abajo arriba, la necesidad de aspirar mas allá de toda realidad finita, la necesidad de gemir, cual un desterrado, por la belleza ausente, la necesidad de admirar, y de elevarse al admirar; el poder del arte, el mas enérgico por la fuerza que lo constituye, el mas

71

extenso por la esfera en que se despliega, y el mas popular por la simpatía que encuentra en la humanidad. De aquí nace la parte gloriosa y eficaz que el artista está llamado á tomar en la obra total del progreso humano, y la responsabilidad ante Dios y ante los hombres, de la funcion que este poder le forma.

Así es que hasta ahora hemos logrado dos cosas: hemos respondido á estas dos cuestiones: ¿Qué cosa es el arte; y cuál es el destino del arte? ¿Cuál es la esencia de la obra artística, cuál es la vocacion del artista y su verdadera mision en la humanidad? Marchamos lentamente para avanzar con seguridad.

Hoy vamos á penetrar mas adentro en la vida y en la funcion práctica del artista: trátase de investigar cuáles son las condiciones que debe traer el hombre del arte para cumplir con la vocacion de artista. Cuestion eminentemente grave en el asunto que nos ocupa. El artista es una persona humana que aplica sus potencias á la creacion de lo bello; y el valor del artista está en una dependencia necesaria del valor del hombre: entre el hombre y el artista la separacion es imposible; el uno influye necesariamente en el otro. ¿Cuál es esta influencia? ¿Cuáles son, de parte del hombre, las condiciones de las grandes obras artísticas?

Hemos dicho que dos cosas son necesarias para la creacion de las obras maestras: el trabajo y el génio. Estas dos condiciones pertenecen al artista considerado como tal. Sería, no obstante, un error el creer que estas dos condiciones necesarias basten para elevarlo, y sobre todo, para sostenerlo á la altura de su mision. En el artista, y bajo el artista, existe el hombre; el hombre con sus convicciones, sus amores, y sus libres determinaciones; el hombre con su valor y su fisonomía personales; y el hombre, mas de lo que parece, influye sobre el artista; y segun él cree,

ama y obra; conforme es religioso ó impío, creyente ó escéptico, hombre de corazón ó de egoísmo, voluptuoso ó casto, su génio, en sus creaciones, toma caminos enteramente diferentes. El arte es la manifestación de la vida; y es menester haber perdido el juicio para creer que el artista en sus obras no pone mas que su génio. La verdad es que se pone á sí mismo. El arte es una palabra; el arte es un estilo; y este estilo, como cualquier otro estilo, manifiesta á una persona. Veamos hoy, supuesto todo lo demas, lo que el hombre debe poner de sí mismo en las obras del artista; hé aquí todo el asunto de esta conferencia.

Ante todas cosas, lo que el hombre debe traer al artista para engrandecer y elevar sus obras, es la religion. El génio del arte, para ir lejos y subir alto, debe ser, ante todo, eminentemente religioso.

Lo que engrandece las aspiraciones, lo que profundiza la mirada del génio artístico, son las perspectivas del infinito y los horizontes del invisible; y lo que da el vuelo es para él, como para el ave, el soplo que lo impele, lo arrebatá y lo lleva hácia las alturas. Ahora bien, el soplo que lleva á lo alto, es el soplo religioso; verdadero soplo del espíritu de Dios que descende sobre el hombre para llevarlo al cielo; y lo que abre, anchos y radiosos, ante las miradas y las aspiraciones del artista, los horizontes del infinito y las perspectivas del invisible, es la religion, y la religion sola; suprimid un momento para el hombre del arte, todo comercio con Dios, es decir, toda religion: al instante no sé qué barrera de tinieblas viene á cerrar delante de él todas las aberturas del cielo; una espesa muralla intercepta para él la gran luz de lo inmortal y de lo infinito; el ideal

desaparece, como un sol en su ocaso, tras de una nube; y hélo aquí solo, encerrado en los límites oscuros de la naturaleza y del tiempo, como un prisionero en un calabozo. La idea de Dios que, semejante á una lumbre suspendida sobre el mundo, alumbraba todas sus bellezas visibles con un reflejo de lo invisible, se ha extinguido sobre ese desheredado de la gran luz, y lo veis en un triste cara á cara con las bellezas opacas y los espectáculos oscuros, sin un rayo de cielo y sin un soplo de Dios, sin nada del *mas allá*, para iluminar su mirada é inspirar su génio, reducido á pedir á esta realidad que quiere pintar, y á esta belleza que quiere reproducir, una luz que no tienen, y una inspiración que no pueden darle.

¿Qué es lo que acaece, pues, de ordinario? El instinto artístico en el hombre de génio, triunfa á su pesar, de la tiranía de la preocupacion filosófica; una inconsecuencia feliz arranca el artista á los sofocantes abrazos de su materialismo y de su ateísmo. Por mas que sus maestros en impiedad le digan que la naturaleza es todo, y que no hay nada mas allá, el génio sigue su instinto; cede á su necesidad de invisible y de infinito; busca algo mas alto y mas léjos; y aun cuando se persuade que la sola realidad lo ilumina y que la sola naturaleza lo inspira, recibe, sin darse cuenta de ello, una irradiación de ese invisible que desconoce, y quizás una inspiración proveniente de ese Dios que blasfema. No es dado al hombre, por impío que sea, violar hasta el fin la ley de su génio, y romper el vínculo indisoluble que une con sagrado himeneo, el arte y la religion. Quiérase ó no se quiera, hay una atracción de la humanidad hácia lo infinito: "La potencia atractiva que liga los mundos á los mundos hasta los extremos límites del espacio, como observa un escritor, no es sino una manifestación particular de la ley general que impele todo hácia el rin-

cipio infinito." El hombre siente esta atracción y la comprende. Por ella, cuando no está sujeto á influencias perturbadoras, sus pensamientos suben, sus deseos suben, sus amores suben, todas sus potencias suben hácia su eterno principio; y aun cuando el hombre, mirando abajo, no piense ya siquiera en esta ley de la vida que lo llama á lo alto, todavía está dominado por ella. El infinito, aun sin saberlo nosotros, nos llama y nos seduce siempre. El génio, ¡ah! el génio sobre todo, aspira á sumergirse en ese océano de la verdad, del bien y de la belleza; quisiera apagar allí la sed de sus deseos, que todas las realidades de aquí abajo no satisfacen y engañan; y cuando esta necesidad de infinito viene á encarnarse en una obra maestra, se difunde en armonías, se exhala en acentos, ó bien resplandece sobre la tela ó sobre el mármol, con una luz que atestigüa en sus inspiraciones un origen celeste, y en sus obras un reflejo del sobrenatural.

En efecto, Señores, el artista religioso difunde en sus obras un reflejo que no viene de la naturaleza, y que denomino de buena gana el rayo transfigurador del sobrenatural. El sobrenatural es al arte lo que es al hombre mismo; es una gloria, una corona, una auréola. Los artistas que trazan sobre la tela la expresión verdadera de la figura de nuestros santos, ponen de ordinario en derredor de su cabeza iluminada lo que se llama la auréola de la santidad; iluminan con rayos mas brillantes esas figuras dulces y serenas; forman, al pié de la letra, figuras radiantes; fisonomías celestiales que se creerían iluminadas por una luz venida directamente del cielo. Lo que estas auréolas son á las figuras de nuestros santos reproducidas por el génio del arte, lo es el sobrenatural para el arte mismo. El sobrenatural da al génio la idea de una luz superior á la que el sol de la naturaleza deja caer sobre sus obras: le abre perspectivas que permanecen eternamente cerradas para

el génio confinado en el naturalismo puro, por elevado que sea. Y bajo este aspecto, no vacilo en decir que el artista cristiano tiene intuiciones é iluminaciones que se ocultan al génio puramente naturalista. El sobrenatural es como una rendija sobre el infinito divisado á través del misterio: hace flotar imágenes encantadoras en lejanos horizontes y en un azul mil veces mas etéreo que el de nuestro cielo, y da al artista visiones que lo trasportan mas allá de todas las bellezas naturales. El sobrenatural es para el grande artista, como un firmamento mas remoto, en cuyo fondo sospecha que existen, y divisa estrellas mas puras y astros mas bellos; aparece de lejos á sus pupilas iluminadas, como esas auroras boreales que inundan los polos de misterioso brillo. Esta mezcla de esplendor y de sombras, de vision y de misterio, forma la soberana fascinación del génio artístico; exalta la imaginación, acrisola el sentimiento, seduce con un encanto indefinible todas nuestras potencias creadoras, y hace soñar en creaciones cuya belleza sobrepuja todas las bellezas de la naturaleza. La claridad que envía á las miradas del artista semeja á esa dulce claridad del sol que se pone, orlado de una franja de oro de nubes de púrpura; excita en él la pasión sublime de descubrir mas y mas, y de reproducir cada vez mejor, esta belleza de que apenas percibe el reflejo, y que aun al descubrirse se oculta bajo un velo. Todo el que es artista me comprende. El instinto del sobrenatural es innato en el génio del arte. Concibo al génio racionalista luchando con el sobrenatural; al génio artístico, jamás. No comprendo que un rey se arranque la diadema y arroje al suelo su corona.

¡Ah! Si negais esta alianza tan necesaria y sagrada cuanto poderosa y fecunda; si la negais á pesar de sus testimonios históricos y sus manifestaciones vivientes, ¡ay de vosotros! No sois de la gran raza de

los artistas; no sois dignos de figurar en esa legion escogida que ostenta sobre sus sienes la luz deslumbradora del cielo y los rayos de Dios. Vosotros que, con el pincel ó el cincel en la mano, aspirais á dejar un vestigio brillante de vuestra vida sobre la tierra; ¡qué! ¿vosotros sentais plaza de naturalistas, de impíos, quizá de atéos? ¡Ah! Yo os compadezco, no solo como hombres, sino tambien como artistas. Todos los grandes artistas se presentan á mi vista cual hombres religiosos. No me coloco aun, por el momento, en el punto de vista rigurosamente cristiano. Miro á los artistas desde la cumbre sublime de la idea de Dios: pasan ante mis ojos cubiertos delante de los hombres de una gloria, inferior tan solo al respeto que los postraba á ellos mismos ante Dios. ¡Veo á Miguel-Angel y á Rafael, inundados con el brillo de su gloria, marchar con la mirada fija en el infinito; escucho al inmortal Haydn, comenzando sus obras prodigiosas con estas sublimes palabras: *In nomine Domini*, y terminándolas con este grito de glorificacion, mas sublime aun: *Laus Deo*; alabanza y gloria á Dios! ¡Oigo á Mozart y á Palestrina haciendo resonar sobre la tierra esas melodías que se creerían tomadas de la música del cielo, y comunicando á las almas ese encanto de lo divino y ese sentimiento del infinito que poseían en sí mismas, y exclamo: Sí, yo lo juro por la verdad; sí, el génio del arte es verdaderamente religioso, y la apostasía de toda religion es como una apostasía del arte mismo!

II.

No es suficiente, Señores, que el artista sea, en un sentido vago, hombre religioso. Hay una religiosidad vaporosa y vacía, que no basta á dar el soplo al artista y el vuelo á su génio. Es menester que el artista sea un *creyente*; no es bastante que sea un

hombre de religion, es preciso que sea hombre de conviccion y de fé; es indispensable, al menos, que tenga la fé exigida por el asunto que trata.

La fé, á lo menos una fé relativa, es la condicion fundamental de todas las grandes cosas del arte. Las creaciones artísticas se asemejan, bajo este aspecto, á esa grande obra maestra de Dios que se llama la Iglesia; reposan sobre la fé; tienen por principio eficaz una conviccion profunda. ¿Y cómo, decidme, cómo podría ser de otra manera? ¿Dónde, pues, podrían florecer esos lirios y esas rosas que embellecen y perfuman el maravilloso jardin del arte, sino sobre el tallo viviente de sus convicciones sinceras, que tienen sus raices en el misterio mas profundo de nuestra vida? ¡Ah! No lo olvidéis jamás, el arte es una afirmacion. En un cuadro, en una escultura, en un canto, en un edificio, en un poema, el arte afirma alguna cosa, un hecho, un misterio, una idea; y este hecho, este misterio y esta idea, los afirma bajo la luz misma de que los cerca. Ahora bien, para afirmar alguna cosa, la primera condicion es creer en alguna cosa. El arte es una palabra; es el esplendor dado por el génio al pensamiento humano; sea cual fuera la forma que le da el artista, su obra es una palabra, es su *verbo* interior que se hace exterior; sea pintor, escultor, músico ó poeta, el artista es un hombre que habla. Ahora bien, todo el que habla tiene el deber absoluto de decir alguna cosa; y todo el que habla á las inteligencias, para decirles alguna cosa tiene la estrecha obligacion de creer en lo que dice. Si no creéis lo que decís, ¿con qué derecho me habláis? ¿No creéis en vuestra alma de hombre, lo que me habláis en vuestra obra de artista? Callaos, pues. No creéis en nada, no me digais nada. El nihilismo de la fé no tiene derecho mas que al nihilismo de la palabra, es decir, al silencio. Si vuestro arte no es para mí la manifestacion de la i-

dea, entonces ya no es arte; no me importan vuestras obras; vale mas para mí el oír hablar á la naturaleza. Pero si vuestra obra quiere decir alguna cosa, y si vos mismo no creéis en lo que dice, entonces vuestro arte está convicto de no ser mas que una manifestacion falta de sinceridad, una palabra hipócrita, una afirmacion mentirosa, sí, tanto mas mentirosa cuanto esta palabra que sale de vos, debe ser sobre todo la expresion viviente de vuestro vivo ser, y en esta obra irónica que parece querer manifestaros, no habeis puesto nada de vos mismo, nada, si no es la miseria de esa duda que os pertenece, y que á pesar vuestro, traspasará para desfigurarla, esta obra de mentira.

No ignoro, Señores, lo que, aun sin la fé íntima y la conviccion sincera, podeis realizar en el dominio del arte. Podeis pasearos con gracia, y aun con brillo, en el campo florido en que juguetea la fantasía. Pero no hablamos aquí de los juguetes del arte, hablamos de sus verdaderas creaciones; y las grandes creaciones no salen de ordinario de estos juegos artísticos. Podeis tambien, aun sin creer en las divinidades del paganismo, tomar de este, para reproducirlas, leyendas en que la gracia poética disimula la ausencia de la creencia dogmática. Pero, es menester decirlo, las grandes obras maestras no emanan ya entre nosotros de esas fuentes exhaustas y muy á menudo infectadas. Lo que nosotros tomamos del paganismo, sin creer en sus divinidades, no es lo mas bello que ilustres paganos crearon, mirando desde el fondo de sus tinieblas, los esplendores del ideal; casi siempre, ¡ay! lo que vamos á pedir al paganismo que ha sobrevivido á la caída de sus dioses, es lo mas vergonzoso que este ha producido, el sensualismo y el materialismo en el arte. Lo que podeis alcanzar, en fin, sin una fé sincera, es la imitacion que á fuerza de trabajo y de habilidad, llega á arrancar por

sorpresa alguna admiracion; es el prodigio del color, de la forma, de la ejecucion material y de la perfeccion técnica. Pero la grandeza del arte, eso que la imitacion es incapaz de suplir, la inspiracion, ¡oh! la inspiracion verdadera, ardiente y entusiasta, ¿de dónde la sacaríais? ¡Artista! Á vos os toca responder: decid, si la verdad que emprendeis hacer resplandecer en una obra creada, os encuentra incrédulo, escéptico, y aun tal vez satírico, ¿de qué fuente os podrá venir la inspiracion?

¡Ah, Señores! Aun cuando no se trate de reproducir en la obra de arte mas que un hecho puramente humano, pero un hecho sublime, una accion magnánima, un sacrificio heróico; si no creéis ni en la verdad del hecho, ni en la sinceridad del héroe, ¿cómo hareis pasar á vuestra alma una parte siquiera de esa llama que hace brotar el heroísmo? ¿Cómo pondreis en la frente del héroe una auréola verdaderamente digna de él? Qué será, pues, cuando se trata de expresar algo que toca mas ó menos de cerca á lo celestial, á lo invisible, á lo divino? ¿Qué será cuando es menester manifestar bajo una forma brillante, lo que toca á la vez á lo mas íntimo de la religion divina, y á lo mas profundo del alma humana? ¿Qué va á hacer vuestro génio descarriado en el santuario, procurando reproducir ese mundo de la fé, en que vuestro escepticismo no ve mas que un mundo fantástico, creado por la credulidad ó la estupidez humana?

Quiero decir que "las escenas evangélicas y las leyendas cristianas ofrecen al artista, sea cual fuere su conviccion personal, la maravillosa ventaja de un dato admitido por todos, idealizado por la conciencia de cada uno, y rodeado por la imaginacion de un prestigio de santidad." Quiero decir que "el artista en este caso no crea la poesía de su asunto, sino que la recibe ya hecha; que la mitad de su obra está de-

lineada por la creencia popular, y que la opinion general ciñe con una auréola las sienes de sus héroes." Quiero decir, en fin, "que basta al artista para realizar *el grande arte*, aceptar un conjunto de ideas religiosas recibidas, no como un *símbolo dogmático*, lo cual es harto indiferente, sino como un lenguaje común por medio del cual nos comprendemos (1)."

¡Oídlo bien: la convicción personal, la fé dogmática del artista no entrará ya para nada en la creacion de su obra! ¿Qué importa lo que él cree ó no cree para la verdad absoluta de su asunto? La poesía está ya hecha; no tiene mas que recibirla de la imaginacion y de la conciencia popular, y expresarla con vigor y destreza. En verdad, se pregunta uno cómo ha podido tal pensamiento encontrar cabida en la inteligencia de un hombre, que tiene la pretension de hacerse pasar á la vez por filósofo y por artista. Esta separacion sistemática de la perfeccion de la obra artística y de la creencia del artista, me parece en verdad llegar al extremo límite del absurdo.

¡Qué! ¿Es posible que sostengais seriamente esa paradoja insolente que ultraja á la vez á la religion, á la filosofía y al arte: el indiferentismo doctrinal del artista ante las creaciones del arte! ¡Qué! No creéis nada de mi religion, ¿y pretendéis manifestar bajo una forma sincera y una expresion auténtica, lo que hay mas íntimo y mas vivo en mi religion, lo que es mi misma religion?

¡Qué! Quereis hacer revivir en vuestras obras, con la auréola de sus virtudes, la fisonomía de nuestros santos ¿y no creéis ni en la vida sobrenatural, ni en la transfiguracion celeste de nuestros santos? ¡Ah! Ya comprendo porqué, bajo vuestro cincel escéptico ó vuestro pincel naturalista, nuestros héroes aparecen vulgares y contrahechos, por no decir ridículos.

[1] Renan. Estudio sobre la Tentacion de Cristo, de Ary Scheffer.

¡Qué! Quereis pintar con toda su belleza y su encanto incomparable, el tipo de la pureza en aquella que llamamos por excelencia la Vírgen, la Vírgen inmaculada, la Vírgen-Madre, ¿y no creéis en el privilegio de su concepcion inmaculada? ¿Qué digo? Vuestra negacion afrentosa sonríc ante la milagrosa union de la virginidad y de la maternidad en esa muger sin igual, ¿y os lisonjeais de dar á su rostro y difundir por su persona ese esplendor suave, bajo el cual me complazco en contemplar á la Madre de mi Dios que es tambien madre mía!

¡Qué! No creéis en la divinidad del Cristo que yo adoro; no saludais en él mas que á un hombre idealizado por la creencia de los pueblos, tipo humano de la belleza varonil: ¿y os atreveis á tocar con vuestro pincel temerario esa figura que un gran artista cristiano dejaba largo tiempo sin acabar, porque desesperaba de poderla hacer nunca bastante bella? ¿Y os lisonjeais de que yo reconoceré en vuestra obra lo que amo, lo que admiro, lo que adoro en su persona? No veis en el misterio de Belén, mas que una leyenda poética y sencilla, como la llamais. Para vosotros, este niño no es mas que un niño. Os atreveis á pintarlo, sin embargo, á mi Cristo naciente: os atreveis á tanto; ¿y os admirais de no encontrar, en los colores que mezclais para iluminar su rostro, el rayo divino que nace de la frente del Niño-Dios? Lo representais asombrando á los Doctores con los prodigios de su ciencia y de su no comprendida sabiduría; y para vosotros este niño divino no es mas que el hijo vulgar de un vulgar artesano. Lo representais haciendo milagros, y para vosotros el divino taurmaturgo no es mas que un hombre hábil, sorprendiendo por medio de prestigios la credulidad popular. Lo mostrais muriendo entre indescribibles tormentos; procurais expresar, en su solemne belleza, el inefable *consummatus est*; y, para vosotros, ese